

# El lugar de la escritura

EN UNA CARTA A SEVERO SARDUY, FECHADA EL 10 DE junio de 1982, Reinaldo Arenas le comunica a su amigo y compatriota del exilio que la verdadera literatura cubana se escribe fuera de la isla.<sup>1</sup> Aunque Arenas se refería a la etapa actual y, además, tenía fama de ser estrambótico y era harto conocido por sus expresiones hiperbólicas, su comentario merece particular atención. No hay duda de que existe una literatura de temas cubanos que se inicia en torno a la tertulia delmontina durante el primer tercio del siglo pasado. Pero hay otra literatura que corresponde al mismo período y se escribe fuera de la isla, en Europa con escritores como Gertrudis Gómez de Avellaneda y la Condesa de Merlín, y con más insistencia en los Estados Unidos con otros como José María Heredia, Félix Varela, Cirilo Villaverde y más tarde José Martí. Como sabemos, estos autores también han contribuido al desarrollo de la literatura cubana.

En otros estudios he adelantado algunas reflexiones sobre la idea de analizar un texto, sea de ficción u otro, observando con detenida atención no sólo el lugar y tiempo de la narración sino también el de la escritura.<sup>2</sup> Si insistimos en el ejemplo que nos ofrece el siglo diecinueve, observamos que *Cecilia Valdés* se desarrolla en Cuba entre 1812 y 1832 y abarca el gobierno del Capitán General Dionisio Vives. Pero si consideramos el tiempo y lugar de la escritura, reconocemos que Villaverde termina su novela en Nueva York, y se publica en 1882. La novela tiene que ver con la esclavitud en la isla y cómo ésta se manifiesta en el contrapunteo decimonónico del café y el azúcar, repre-

---

<sup>1</sup> *Necesidad de libertad* (México: Kosmos-Editorial, 1986), pág.167.

<sup>2</sup> Éste es un concepto que estudio en mi *Literary Bondage: Slavery in Cuban Narrative* (Austin: University of Texas Press, 1990).

William Luis

sentado por las familias Ilincheta y Gamboa.<sup>3</sup> Asimismo proponemos que nuestro análisis se enriquece tomando en cuenta los episodios en torno al ambiente social y político norteamericano, en los que se destacan el final de la guerra de secesión, la emancipación de esclavos y la reconstrucción de los estados sureños. Dicho acercamiento a la novela de Villaverde pone en tela de juicio la noción de que la literatura cubana se forja en la isla y tiene que ver con asuntos exclusivamente cubanos. La cubanidad no es un concepto que se produce únicamente en la isla; también se elabora en el extranjero en general y en los Estados Unidos en particular.

Nuestra insistencia en destacar los Estados Unidos como espacio geográfico que influye en una definición de la cubanidad adquiere consideración con *Cecilia Valdés*, no sólo porque Villaverde pertenecía al grupo delmontino sino porque también era anexionista y luchó contra el gobierno colonial, motivo por el cual se exilió en los Estados Unidos, donde escribió gran parte de su obra. Un siglo más tarde, los mismos factores que vimos con Villaverde se repiten con Arenas, quien consiguió asilo político en los Estados Unidos y escribió con *La loma del ángel* su versión de *Cecilia Valdés*. En su novela Arenas desarrolla temas históricos pero también elabora otros que se relacionan con la libertad de expresión y la presencia de los negros y los «gays» tanto en Cuba como en los Estados Unidos. Este último espacio cultural representa un subtexto importante para entender la complejidad de la narración areniana.

La tradición de intelectuales cubanos del siglo diecinueve que residen en los Estados Unidos continúa en la República. Con la Enmienda Platt se establecen entre los dos países vínculos históricos, políticos, económicos, culturales y simbólicos, con consecuencias positivas para unos y negativas para otros. Estos aspectos contradictorios se mantienen vigentes en ambos países y se reproducirán en la vida y, por tanto, en las obras de los escritores cubanos que viven en los Estados Unidos, como veremos más tarde.

Con la República se fortalecen los vínculos entre las dos naciones. En el ámbito de la cultura, las empresas discográficas estadounidenses se inician con los sones del Sexteto Habanero y el Septeto Ignacio Piñero. Otros músicos como Chano Pozo, Mario Bauzá, Machito, Miguelito Valdés, Eusebia Cosme, Bola de Nieve, Desi Arnaz y Javier Cugat, entre muchos otros, se trasladan a los Estados Unidos, donde dan a conocer la música cubana en el extranjero y a la vez se nutren de ese mismo ambiente. Otros cubanos como la bailarina Alicia Alonso vive en los Estados Unidos y estudia en la School of American Ballet y baila en dos musicales, *Great Lady* y *Stars in Your Eyes*. Durante el mismo período, escritores como Eugenio Florit se trasladan a los Estados Unidos para mejorar sus condiciones de trabajo. Algunos viajan a una temprana edad y viven la etapa de su adolescencia fuera de la isla, como es el caso de

<sup>3</sup> Véase «Cuban Counterpoint, Coffee and Sugar: The Emergence of a National Culture in Fernando Ortiz's *Cuban Counterpoint: Tobacco and Sugar* and Cirilo Villaverde's *Cecilia Valdés*.» PALARA, 2 (1998): 5-16.

Pablo Armando Fernández y Heberto Padilla. La dictadura batistiana (1952-1958) provoca el exilio voluntario de un grupo de intelectuales a los Estados Unidos. Escritores jóvenes con publicaciones en su país de origen, como Roberto Fernández Retamar y Edmundo Desnoes, trabajan en la región del nordeste. Otros que todavía no pensaban dejar sus huellas en la página impresa abandonan la isla para estudiar en el norte, como sucede con Antonio Benítez Rojo y Ambrosio Fornet. Pero con el triunfo del Movimiento 26 de Julio, éstos y otros escritores regresan a Cuba y se incorporan, junto a los que permanecieron en la isla, al desarrollo de lo que sería una nueva literatura de la Revolución Cubana.

El ambiente de los Estados Unidos resulta ser inquietante para los escritores cubanos que deciden vivir en el país vecino. Ellos sienten la necesidad, para no decir obligación, de comunicar sus experiencias a un público lector. En esta parte de mi presentación deseo estudiar las obras de cuatro escritores que, de distintas maneras, caracterizan el ambiente norteamericano. Ellos tienen que hacerle frente a una sociedad que por su naturaleza es ajena a la que conocen en la isla. El primero viaja de visita a los Estados Unidos, el segundo continúa su carrera literaria en Nueva York, el tercero se inicia como escritor en la misma ciudad y el último nace en los Estados Unidos pero se cría en Cuba. Cada uno de estos escritores representa una estrategia de incorporarse al ambiente norteamericano.

Nicolás Guillén reside en Cuba pero viaja al extranjero. Se traslada dos veces a los Estados Unidos. Estas breves pero valiosas visitas le sirven para escribir algunos de los poemas que escribe en Cuba. En 1937 toma un tren desde México al Canadá y cruza por los Estados Unidos, en camino a España. Una decena de años después regresa por dos semanas a Nueva York, antes de ir a Moscú. Guillén conocía la situación racial de los Estados Unidos pero adquirió un conocimiento más preciso en estos viajes y en sus conversaciones con afroamericanos como Lindem Henry, Lulu B. White y la esposa de Paul Robeson, delegados que el poeta cubano tuvo la oportunidad de conocer en el Congreso Continental por la Paz. En un artículo «Presencia negra en el Congreso de Paz,» publicado en *Hoy* en 1949, Guillén se refiere a las intervenciones de estos delegados y al racismo agudo que existe en el país vecino.<sup>4</sup> En otro artículo «De Nueva York a Moscú, pasando por París,» publicado en *Bohemia* en 1949, Guillén describe el barrio de Harlem, de elegancia y lujosos cabarés pero también de miseria y hambre humana. Escribe Guillén: «Además, ¿cómo olvidar Harlem? El famoso barrio negro me era familiar, no sólo de lecturas numerosas, sino por amigos americanos y cubanos que me dieran de viva voz mucha noticia acerca de las intimidades del vasto *faubourg* neoyorquino. En cierto modo era un impulso casi mórbido el que me lanzaba a conocer esa ciudad negra embutida en una ciudad blanca. Quería ver ‘con

<sup>4</sup> «Presencia negra en el Congreso de Paz,» *Nicolás Guillén: Prosa de prisa 1929-1972 Tomo II* (La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1975), págs. 12-15.

mis propios ojos' a medio millón de gentes separadas del resto de la población, como si padecieran una terrible enfermedad contagiosa... Ello fue que Harlem me produjo una lenta sensación de angustia, que no se me borrará fácilmente del recuerdo aunque permanezca mucho tiempo sin ir a Nueva York.»<sup>5</sup> La situación racial de la que muchos afrocubanos sufren en Cuba se refleja en la preocupación que el poeta siente por la misma condición en los Estados Unidos. El cuerpo mutilado de Emmett Till, encontrado el 31 de agosto de 1955, inspira al poeta su «Elegía a Emmett Till,» que no publica hasta 1958. Para componer la elegía, el poeta se aprovecha de sus experiencias vividas en los Estados Unidos. El Misisipí es testigo del sufrimiento del negro y de la muerte del niño. Al igual que Neruda interroga al Wilkamayu, o Heredia a las cataratas del Niágara, Guillén le pregunta al río Misisipí acerca de la muerte del niño. Su presencia en los Estados Unidos le facilita la oportunidad de escribir otros poemas que tienen que ver con el tema del negro norteamericano, por ejemplo, como el que compone sobre la activista negra Ángela Davis.

De los escritores que han permanecido en los Estados Unidos se destaca la figura de Eugenio Florit. Viaja a Nueva York en 1940, a la edad de 37 años, para trabajar en el Consulado Cubano; cinco años después ejerce la docencia en Barnard College, de la Columbia University. En su capacidad de profesor e investigador universitario, Florit promueve la literatura hispanoamericana con antologías y estudios ensayísticos y con su propia poesía que escribe pero no publica en los Estados Unidos. Florit se diferencia de los poetas de la isla que escriben en torno a *Orígenes* (1944-1956); sus poemas carecen del hermetismo característico de la poesía lezamiana y buscan la esencia de la expresión poética. A pesar de haber vivido muchos años en Nueva York, Florit parece no haber sido influido por su medio ambiente. Por esta razón, en su obra se destaca «Los poetas solos de Manhattan,» que capta la vida en la urbe norteamericana.

«Los poetas solos de Manhattan,» es un poema epistolar que contesta otro que, después de un viaje a Nueva York, escribe Alcides Iznaga e intitula «Estamos solos en Manhattan.» Los primeros versos explican la soledad a la que se refiere Florit en el título del poema: «Es cierto que ni Langston Hughes ni yo estábamos en casa.»<sup>6</sup> A pesar de la multitud de personas que viven en Nueva York, tanto Iznaga como Hughes y Florit se sienten solos. El ambiente de la gran ciudad oprime a sus habitantes. «Aquí todos andamos solos y perdidos, / todos desconocidos.»<sup>7</sup> Se describe el ambiente abrumador por medio del ruido de trenes subterráneos, bombas de incendio, sirenas de ambulancias, y éste alienta el suicidio de sus habitantes:

<sup>5</sup> «De Nueva York a Moscú, pasando por París,» *Ibid.*, págs. 23-24.

<sup>6</sup> «Los poetas solos de Manhattan,» *Antología personal* (Huelva: Imprenta de la Excm. Diputación de Huelva, 1992), pág. 76.

<sup>7</sup> *Ibid.*

*Que se tiran al río desde un puente,  
o a la calle desde su ventana,  
o que abren las llaves de gas,  
o se toman cien pastillas para dormir  
—porque, como no se han encontrado todavía,  
lo que desean es dormir y olvidarse de todo—,  
olvidarse de que nadie se acuerda de ellos,  
de que están solos, terriblemente solos entre la multitud.*<sup>8</sup>

En el poema también predomina el ambiente racial de los Estados Unidos, el mismo que se observa en los escritos de Guillén. En «Los poetas solos de Manhattan» se manifiesta por medio de una comparación entre el negro y el blanco, Hughes y Florit, «Porque Langston, que vive con sus negros... yo que vivo con mis blancos,» e igualmente en los versos «El poeta negro / y el poeta blanco.»<sup>9</sup> Pero si el Niágara permite que su poeta inicie un viaje mental a las palmas de su patria añorada, la soledad produce en nuestro poeta una doble enajenación, cuando recuerda a los amigos de Cienfuegos, el Castillo de Jagua y las vicarias:

*Lo que pasa,  
mi muy querido Alcides Iznaga,  
es que aquí no hay vicarias,  
ni Castillo de Jagua, ni están conmigo mis poetas  
ni mis palmas (Las palmas, ay...)  
ni las aguas azules de la bahía de Cienfuegos  
ni las de la bahía de La Habana.  
Aquí las aguas perezosas y tristes  
de los dos ríos que ciñen a Manhattan...*<sup>10</sup>

El poema se desarrolla por medio de contraposiciones de negro y blanco, poetas solos y poetas acompañados, Cienfuegos y La Habana y Nueva York, presente y pasado, caos y armonía, bahías de Cuba y ríos de Manhattan. También se reconoce la relación binaria entre la ausencia del ser y la afirmación del mismo por medio de la escritura. Esta última idea se nos comunica al final del poema:

*Tristes, es un decir. Que yo, a Dios gracias,  
aún conservo serenas las palabras  
con las que doy los buenos días al sol  
que sale—cuando sale—enfrente de mi ventana.*

<sup>8</sup> *Ibid.*, págs. 76-77.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, págs. 77-78.

*Y si no sale, da lo mismo, al viento, al aire, a niebla y nube;  
saludar a este mundo en que vivimos  
con estas las palabras que escribimos.  
Y dar gracias a Dios por el día y la noche  
y por tener una palabra nuestra, aquí, en donde nadie nos conoce.*<sup>11</sup>

Las palabras provocan un momento de serenidad en un ambiente que es a la vez enajenante y desconsolador. Pero es la ausencia la que produce el sentimiento y el deseo y, por tanto, la escritura y el poema. La soledad vista en «Los poetas solos de Manhattan» encuentra resonancia en otros poemas como «El hombre solo,» sobre el tema de otra soledad, la muerte.<sup>12</sup>

El mismo año en que Florit ejerce la docencia, Pablo Armando Fernández se traslada a Nueva York y, exceptuando algunas breves estancias en La Habana, reside en la urbe norteamericana hasta la visita de Castro a la misma ciudad en abril de 1959. Pero a diferencia de Florit, el joven Fernández estudia en Washington Irving High School, un instituto de segunda enseñanza de la ciudad, y publica *Nuevos poemas* (1953-1955) en los Estados Unidos. Florit conocía la poesía de Fernández y le dedica una reseña al poemario *Salterio y lamentación* (1951-1953): «Entre los poetas jóvenes de Cuba —muchos y muy buenos— hay que contar ya con Fernández, cuyo primer libro, breve y simple librito de tan escaso número de páginas, es muestra de madurez intelectual, de humanidad profunda, y de contenido y bien equilibrado lirismo. Pertenece su autor a un grupo de poetas que nos parecen estar de regreso de las enrarecidas cumbres metafísicas de una poesía trascendental —a la que desde luego no negamos valor e importancia— para entrarse en su realidad y su circunstancia... Cosas escritas entre 1951 y 1953, con un fondo de salterio y Evangelio en el comienzo,... y que según va el libro siguiendo su camino vamos a ver entremezclarse con las impresiones neoyorquinas del poema ‘Frente al East River,’ y la madre y el padre, y los hermanos, y el árbol familiar, y la mujer y la nube que pasa. Magnífico primer libro. Ya de él puede esperarse todo lo bueno para después. Porque mucho de lo mejor lo encontramos, por fortuna, en estas páginas.»<sup>13</sup> Un año más tarde Florit unirá su voz a la del joven poeta cuando escribe la introducción a *Nuevos poemas*. El crítico reconoce los méritos del joven poeta y acierta cuando señala la importancia del ambiente neoyorquino en la obra de su compatriota, pero parece no haber conocido los primeros poemas de Fernández recogidos en *Pequeño cuaderno de Manila Hartman* (1948-1950).

Desde su primer poemario, y con más insistencia que en la poesía de Florit, Nueva York aparece como tema dominante en la poesía de Fernández.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 78.

<sup>12</sup> «El hombre solo,» *Ibid.*, pág. 79.

<sup>13</sup> *Obras completas (Prosa crítica)*, vol 4, ed. Luis González-del-Valle y Roberto Esquenazi-Mayo (Boulder, Colorado: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1989), pág. 153.

*Pequeño cuaderno de Manila Hartman* contiene el poema juvenil «En las cercanías de Platekill,» lugar cerca de las montañas Catskills, que se encuentran en el Estado de Nueva York, y donde Fernández conoce a Jim, quien le revela su nombre y edad en inglés. Platekill aparecerá en otros poemas como «Maple,» del poemario *Toda la poesía* (1953-1959). El uso del inglés, como huella de la influencia de la cultura norteamericana en la poesía cubana, se había apreciado en «Los poetas solos de Manhattan», cuando Florit menciona la dedicatoria de un libro de Hughes y escribe «Inscribed for my dear friend...» señalando la mezcla de culturas que predominará en la literatura de escritores cubanoamericanos que nacen o se crían en los Estados Unidos.<sup>14</sup>

Otros poemas de Fernández son «Times Square,» en que las imágenes de naturaleza, río, olas y viento, se prestan para describir el tumulto de esta famosa zona de la ciudad de Nueva York; «Madison Avenue y la calle 116» en que el juego de pelota y el grito Play ball es un elemento unificador para todos los que se encuentren en ese espacio. El cruce de calle y avenida simboliza el que se aprecia entre las culturas, idiomas y judíos ambulantes y el elevado que transporta a sus pasajeros.<sup>15</sup>

En «9, (Lamento por el niño negro que entregaron al suelo de la mitad de octubre en Savannah),» de *Salterio y lamentación*, resalta la preocupación racial que recogen en sus obras Guillén y Florit. Pero la influencia de la cultura estadounidense se caracteriza de otra manera. En el poema de Fernández el inglés se inserta cuando escribe «Meet me/ upon a small dogwood's bough» y más tarde añade: «Just think a tiny bud upon the dogwood's bough./ Just think a song for boys going on the way./ For boys to whistle at twilight's gloom./ Just think!»<sup>16</sup> El inglés establece un nexo con la cultura del niño y alude a un contexto necesario para apreciar el poema.

La ciudad de Nueva York se percibe en el poema largo «El gallo de Pomander Walk,» callejón que se encuentra en Manhattan. En una entrevista con este crítico, Fernández explica la zona que da título al poema y la importancia de dicho lugar para su obra: «Pomander Walk está en la calle 95 entre Broadway y West End Avenue, al lado del cine Thalia. Allí comencé a escribir mi poesía».<sup>17</sup> Pomander Walk recibe el nombre de otra pequeña calle que se encuentra en un suburbio de Londres llamado Chiswick. Construida en 1921, también es el escenario de un drama de Broadway del mismo nombre. El

<sup>14</sup> Para una definición de estos escritores, véase mi *Dance Between Two Cultures: Latino Caribbean Literature Written in the United States* (Nashville: Vanderbilt University Press, 1997).

<sup>15</sup> Otros poemas cuyos títulos vislumbran la presencia norteamericana pero cuyos contenidos no tienen que ver necesariamente con la misma son los siguientes: «Un muchacho hebreo que se llama Herbert» se refiere a la religión del muchacho; «Juan Vega: Conscientious Objector» suscita el recuerdo de la voz poética sobre el impacto que la guerra ha tenido en su vida; y «Al Hudson» es una conversación con una persona pero más bien es con el río. Ver: *El sueño, la razón* (La Habana: UNEAC, 1988), págs. 26-32.

<sup>16</sup> *Ibid.*, págs. 43-44.

<sup>17</sup> «Autopsia de *Lunes de Revolución*,» *Plural*, 11-6, núm. 126 (1982), pág. 54.

poema de Fernández se refiere al espacio de Pomander Walk, pero también al de Christopher Square, en el que se representan las obras dramáticas *La Nueva Elia Capitolina* y *Arenas de Nimes*, al igual que el de la ciudad y por extensión sus suburbios, donde se desarrolla la tragedia neoyorquina. Como en la primera sección de «Alturas de Macchu Picchu,» donde la pequeña muerte acosa al poeta, en el poema de Fernández la muerte afecta tanto la vida de la voz poética, que carece de imaginación, como la de las personas que mueren diariamente en la ciudad, pero sin que la muerte encuentre alivio en el entierro. El adversario se describe como un Virgilio que aconseja a Dante en su viaje por el Infierno. Es quien tiene las llaves de los cementerios. Las tragedias griegas ofrecen una continuidad del pasado al presente, de las vidas de «las queens y las fairies,» las prostitutas y el policía que se quiere acostar con Ginsberg. El poema es autobiográfico y recoge los lugares frecuentados por Fernández, cuando se traslada de Manhattan a Rye para trabajar de camarero en un Club, es decir, cuando viaja del sur al norte, de abajo arriba, al paraíso del entendimiento. Recibe las llaves de los cementerios pero no encuentra comunión con el otro mundo:

*El que regresa todo lo ha olvidado.  
Los que han muerto  
no quisieron darnos como promesa  
sus últimas palabras.  
Frente a los cementerios estuve besándoles  
las bocas muertas y no quisieron darme  
sus últimos suspiros.<sup>18</sup>*

Los huesos viven y no descansan. La pureza que viste el poeta no lo ayuda; sólo en un futuro bíblico, cuando vuelva en cuarenta días y noches «y encontrarás los huesos apagados.»<sup>19</sup>

Calvert Casey es otro escritor que vivió en los Estados Unidos durante la República. De padre estadounidense y madre cubana, Casey nació en Baltimore pero se crió en La Habana donde pudo apreciar el idioma y la cultura de su madre. Pero Casey también vivió en los Estados Unidos y escribió su primer cuento en inglés y lo publicó en el *New Mexico Quarterly* a mediados de la década del cincuenta. «El paseo» («The Walk») se redacta en el idioma de su padre pero es sobre el tema de la cultura de su madre. El cuento le ofrece al lector norteamericano la posibilidad de observar aspectos de la cultura cubana por medio de la perspectiva de alguien que la ha vivido pero que también entiende las condiciones de su público lector. «El paseo» tiene que ver con el protagonista Ciro, quien pronto celebrará una etapa importante de su vida, la de usar pantalones largos. El domingo es el día del rito, y la narración se

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 161.

<sup>19</sup> *Ibid.*

desplaza hacia otra costumbre masculina de igual importancia, la de visitar una casa de citas. Acompañado por su tío soltero, Zenón, Ciro sale de su hogar materno y se incorpora a la vida del barrio, un mundo ajeno al que él solía conocer. En el café Ciro se convierte en el tema de conversación: «Los amigos de su tío le hablaban poniéndole las manos en el hombro, encantados aparentemente de su aspecto físico, le tocaron los bíceps y en general formularon declaraciones terminantes sobre su virilidad.»<sup>20</sup> Los mismos amigos decían que tal vez Ciro era hijo de Zenón, mientras que otros declaraban que el sobrino iba dejar chiquito al tío. Es probable que los pantalones largos representen la virilidad del muchacho.

Entran en la casa decorada con una cenefa de azulejos y allí Ciro toma cerveza por primera vez y conoce a una muchacha rubia. Si el cuento sugiere un desenlace previsto, dicha estructura se invierte. El lector espera con anticipación que se cumpla el *rite de passage* de Ciro, pero sufre una gran desilusión cuando se entera de que el protagonista y la muchacha sólo conversan. El cuento yuxtapone dos mundos, el de la familia de Ciro y el de la calle, el de tías solteras y el de las mujeres de la casa de citas, y este otro mundo se describe con la misma ecuanimidad que el primero. También se yuxtapone la cultura cubana con el inglés de la versión original. Ciro y su tío Zenón establecen un vínculo entre los dos mundos y Casey hace lo mismo con su cuento.

La mezcla de las dos culturas, como hemos estudiado en «El paseo,» está presente en otro que escribió más tarde, «El regreso.» Si el «El paseo» narra aspectos determinantes de la cultura cubana para el lector norteamericano, «El regreso» hace lo contrario, describe la vida enajenante de Nueva York para el lector cubano. Otra vez, Casey se beneficia de haber conocido ambos mundos. «El regreso» narra la vuelta del protagonista a su país natal después de una larga ausencia. Pero el regreso del protagonista es un doble regreso, el que se da a los Estados Unidos y a Cuba. El protagonista nace en Cuba y vive en Nueva York. Después de una larga ausencia visita la isla. Sin duda hay cierta diferencia entre los dos espacios geográficos. Uno es frío y enajenante, el protagonista busca refugio en otras culturas, y el otro es afectuoso y hospitalario, y en éste encuentra su sentido de «estar.» Viaja a Cuba pero regresa a su país adoptivo: «Al regresar a Nueva York, cargado de volúmenes representativos de todos los movimientos artísticos y literarios de la patria recuperada, que consideraba su deber leer y jamás leyó, le horrorizó lo que veía alrededor de sí. Volvió a caer en un profundo estupor del que sólo salía para hablar sin detenerse de su viaje, de la patria encontrada, de los campos esmeralda, del sol, del sol, del sol.»<sup>21</sup>

Para cualquier cubano que sale al exilio, los libros y otros artefactos son huellas metafóricas que le permiten recuperar el pasado perdido. La añoranza y la idea grandilocuente de entablar un movimiento de regreso a la isla, como

<sup>20</sup> *El regreso y otros relatos* (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1967), pág. 17.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pág. 137.

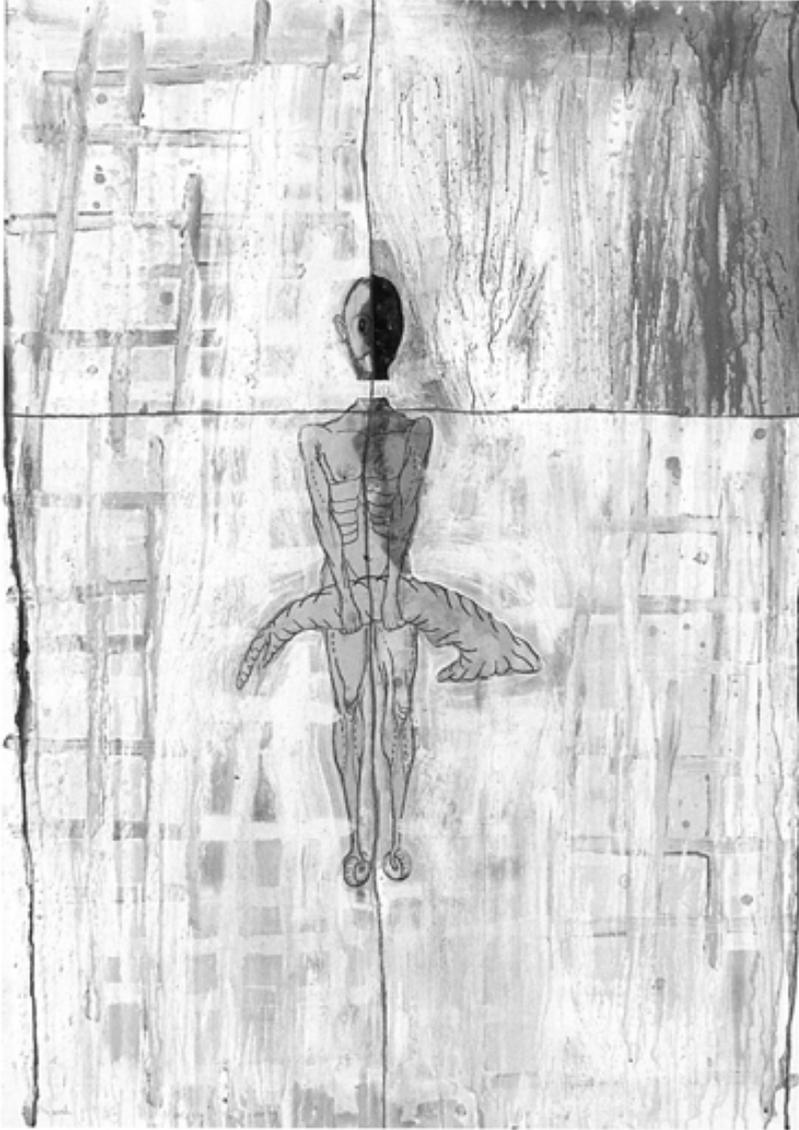
más tarde se lograría con el triunfo de la Revolución, inician su retorno a la isla. Como una inversión de la tragedia de los exiliados quienes abandonan todo lo que tienen para ir a los Estados Unidos, el protagonista se desprende de sus bienes materiales y regresa a su cultura, o bien como persona nueva o bien como la persona que era antes de salir al extranjero. Pero el regreso no era como él lo había previsto, sino que en el momento que decidió regresar, el pasado no era el mismo y se había convertido en otro. Además, el protagonista tampoco era el mismo y había cambiado. Se siente a gusto en su país, pero otros lo observan como si fuera un forastero. Toma un taxi y le pide al chofer que lo lleve a la playa. La narración continúa: «Éste le sorprendió hablándole en inglés, y como él insistiera en hablar en español, el otro le ofendió diciéndole que parecía extranjero.»<sup>22</sup> En la playa se dio cuenta que estaba rodeado de turistas y que sus hábitos se parecían a los de ellos.

El cuento aparenta tener un desenlace político, porque los esbirros de Batista lo detienen y, sin saber por qué, lo torturan. Sería injusto minimizar la interpretación política del cuento, pero también sería caprichoso pasar por alto el subtexto existencial o filosófico del mismo. La tortura y la muerte del protagonista se dan a causa del regreso a su país de origen. Si se hubiera quedado en su ambiente adoptivo, al que también había regresado, el desenlace del cuento habría sido otro. Es probable que el protagonista se encontrara en un estado marginal donde habría perdido su razón de ser. Pero al igual que en «El sur» de Borges, el protagonista regresa a su origen y encuentra su muerte. Tal vez el protagonista había muerto espiritualmente en el extranjero y buscaba una muerte física entre sus compatriotas. Pero acordémonos de que su país natal había cambiado. El cuento plantea la imposibilidad regresar al origen, porque dicho espacio no existe. Se niega el «Viaje a la semilla,» y éste sólo produce la muerte. El cuento de Casey le ofrece otra interpretación a «El sur» de Borges, porque el regreso no se limita a una interpretación romántica sino que también es violenta y produce la muerte. El protagonista vive en Cuba y los Estados Unidos y se siente a la vez cómodo e incómodo en ambos lugares, y como resultado experimenta una muerte física y metafórica. Para el que viaja al extranjero, la identidad auténtica no existe, sino que es algo que tal vez se parece o se acerca a ello.

La presencia de los intelectuales en los Estados Unidos durante la República ha permitido el desarrollo de la cultura cubana en el extranjero. El ambiente norteamericano es tan fuerte y ajeno al suyo que por mucho que quiera no puede evitar que aparezca de alguna manera u otra en su exposición.. El escritor que viaja a los Estados Unidos después de haberse formado en su país de origen, continúa la tradición de escritores cubanos que escriben en español. Pero los escritores más jóvenes que nacen o se crían y estudian en los Estados Unidos tienen las mismas preocupaciones que sus compatriotas pero también enfatizan la cultura de su país adoptivo. Las obras de

<sup>22</sup> *Ibid.* pág. 142.

éstos últimos señalan el camino de una nueva literatura que escribirán los hijos de los exiliados del gobierno castrista, quienes se expresarán en español pero también en inglés y a veces mezclarán los dos idiomas. Ésta será realmente una literatura que posibilitará que se acerquen aún más las culturas de Cuba y los Estados Unidos.



*Man Holding his Counta (1993)*  
*(Hombre cargando a su país)*